



3

El Corazón del Cristianismo

Vamos a tratar un tema desde una visión de conjunto, que nos introduce al corazón de la vida cristiana, vamos a **acercarnos a la fuente viva y a lo esencial del cristianismo**.

Yo que soy cristiano, ¿qué es lo primero en lo que tengo que caer en la cuenta, para reconocer lo que es mi fe? **¿Cuál es el corazón del cristianismo?** ¿En qué consiste ese núcleo fundamental de la religión cristiana?

Vamos a partir de un hecho que todos conocéis: el encuentro que tuvo san Pablo con el Señor en el camino de Damasco. Escuchamos el momento central de la narración que hace el mismo Pablo en los Hechos de los Apóstoles en el capítulo 22, cuando cuenta su conversión y encuentro con el Señor.

Texto (Hch 22, 6-10) _____

«Pero yendo de camino, estando ya cerca de Damasco, hacia el mediodía, me envolvió de repente una gran luz venida del cielo; caí al suelo y oí una voz que me decía: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” Yo respondí: “¿Quién eres, Señor?” Y él a mí: “Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues”. Los que estaban vieron la luz, pero no oyeron la voz del que me hablaba. Yo dije: “¿Qué he de hacer, Señor?” Y el Señor me respondió: “Levántate y vete a Damasco; allí se te dirá todo lo que está establecido que hagas».

La irrupción de Cristo glorioso, Cristo vivo y resucitado en la vida de Saulo que se convertirá más tarde en san Pablo. Desde aquí podemos encontrar la luz de lo que es el corazón del cristianismo.

El corazón del cristianismo es ante todo la persona viva de Jesucristo y lo que Él irradia sobre la vida del hombre: he aquí la clave para entender lo que es la vida cristiana.

Saulo vivía después de su educación como judío, como un judío fervoroso que quería ser fiel a su fe, a la fe hebrea que vivía con pasión, por eso al conocer el surgimiento de los cristianos buscaba hacer que los cristianos desaparecieran. El celo por el Dios vivo le movía a esto, a intentar que desaparecieran aquellos que estaban tergiversando y falsificando la fe verdadera según su opinión.

Por lo tanto, él perseguía a los cristianos y él tenía tres convicciones claras: que el cristianismo no era una verdadera religión, que era una falsedad; estaba convencido de que Cristo había muerto y estaba convencido también de que él perseguía solo a los cristianos.

El encuentro con Cristo va a cambiar todo esto, ¿por qué? Porque el **cristianismo es la verdad**, es la verdad del Dios vivo, es la verdadera religión que ha brotado del encuentro con Cristo, nuestro Salvador, el único Salvador del mundo.

Por otro lado, hay una realidad que precede a san Pablo, una realidad objetiva, que es una persona viva, la persona adorable de Jesucristo, nuestro Señor, que está vivo, realmente vivo, como decían los ángeles a las mujeres que iban al sepulcro: “*¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?*”. Esta es la gran noticia: Cristo está realmente vivo y resucitado.

Esta es la noticia que tenemos que redescubrir todos, esta es la gran noticia: Dios nos llama a la alegría inmensa de vivir en la verdad, esta es la verdad del evangelio, la buena noticia de Jesucristo vivo y cercano. Dios se ha hecho para ti hermano, amigo, compañero de camino, Él es tu Redentor, el Buen Pastor, por eso ¡*alégrate y regocíjate, el Señor está contigo!* Recibe como María el anuncio ahora de la Iglesia: “Alégrate, N. [pon tu nombre], el Señor está contigo, el Señor vivo y glorioso”.

Pero además, san Pablo tuvo otra sorpresa: él pensaba que perseguía a los hombres solo y no sabía que al perseguir a los cristianos estaba persiguiendo al cuerpo de Cristo y, por lo tanto, estaba persiguiendo a Cristo. De hecho, el Señor le dice: “*Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues*”. Sabemos que Saulo a quien perseguía era a los cristianos, según él, pero el Señor nos descubre el misterio impresionante de la Iglesia.

La Iglesia es el cuerpo de Cristo, el cuerpo del Señor, tú, yo y cada uno de nosotros, que hemos sido bautizados, somos cuerpo de Cristo. Por lo tanto, si hay que distinguir entre Jesucristo y nosotros por un lado, hay que caer en la cuenta y descubrir también que **formamos una única realidad, somos miembros del cuerpo de Cristo, de una única realidad**. Realmente el Señor por su Encarnación, por su Cruz y Resurrección nos ha hecho una sola cosa con Él, por eso no se puede separar a Cristo de la Iglesia.

Las separaciones que hacemos entre Cristo y la Iglesia son argumentaciones nuestras, planteamientos que nosotros hacemos. El Señor hoy, también a ti y a mí, nos vuelve a hacer el mismo anuncio: «**la Iglesia es mi cuerpo, tú que has sido bautizado, bautizada eres miembro mío, eres parte de mí**». Por eso hay que saber reconocer al Señor en su unión con la Iglesia; no se puede querer vivir en Cristo y estar fuera de la Iglesia, porque **Cristo y la Iglesia forman una única realidad**. De aquí que el Señor, que nos llama a conocerle y seguirle, nos llama por lo mismo, indisolublemente, a formar parte de su cuerpo que es la Iglesia.

Ante la sorpresa, ante la irrupción del Resucitado, san Pablo le pregunta: «*¿Qué he de hacer, Señor?*» –¡qué coherencia la del perseguidor de los cristianos!–. En esa breve pregunta expresa su nuevo modo de entender la vida: “*Si tú vives mi vida, ya no puede ser la misma; yo creí que tú no existías, pero si existes, ¿cómo puedo vivir sin pensar en ti? ¿Cómo puedo vivir sin abrirte mi vida? Señor, si tú estás vivo, que yo creía que no, entonces todo es distinto, mi vida no puede ser una vida sin ti, mi vida ha de ser una vida vivida siempre contigo. Además comprendo claramente que tú tienes que ser mi Señor, el Señor de mi vida. Hasta ahora yo conducía mi vida, hacía lo que me parecía oportuno, buscaba aquello que me parecía mejor, ahora comprendo que si tú vives, Jesucristo, tú eres el Señor, tienes que ser el Señor de mi vida y mi vida tiene que ser dejarse conducir por ti*”.

Y dice san Pablo que el Señor, Jesucristo vivo y resucitado, le contestó: «*Levántate y vete a Damasco; allí se te dirá todo lo que está establecido que hagas, allí se te dirá todo lo que tienes que hacer*».

El Señor, ¿qué le dice a Pablo? Le dice que vaya a donde él no quería estar, que vaya y se haga uno de aquellos a los que perseguía, a los que despreciaba, a los que había criticado, a los que quería erradicar de la faz de la tierra. Qué curioso, los hombres hoy siguen muchas veces teniendo hacia los cristianos los mismos sentimientos de rechazo y de desprecio y nosotros tenemos que descubrir cómo el Señor quiere atraer a todos hacia la Iglesia.

«Levántate y vete a Damasco y vete a la Iglesia que te espera, allí entrando en la Iglesia y haciéndote bautizar allí, en la Iglesia, y a través de ella, yo te diré lo que tienes que hacer, en la Iglesia y con la Iglesia, yo seguiré mostrándome a ti, seguiré hablándote al corazón y te descubriré todo lo que tienes que hacer».

San Pablo, poco más adelante, descubre cómo el Señor le ha elegido para ser apóstol y testigo. Por eso, él **va del encuentro con Cristo a la Iglesia, y va de Cristo y la Iglesia hacia los hombres**, para que conozcan a Cristo y para que entren en la Iglesia. Este es el dinamismo impresionante del cristianismo.

¿Sabes? **Tú también tienes que redescubrir al Señor**. Jesucristo no es una idea, no es un libro que está en una estantería, no es simplemente unas convicciones: Jesucristo es una persona viva y real, que está cercano, muy cercano a ti, como a Saulo el Señor le acompañaba y seguía en el camino de la vida, en un determinado momento se dejó ver, se mostró, porque Él estaba siempre vivo, presente y cercano *¡Aleluya!*, realmente el Señor ha resucitado, está vivo. *¡Aleluya!*, redescubre de nuevo la gran noticia: Cristo está vivo.

Fue tremendo el encuentro de Pablo con el Señor, un cambio radical, **una revolución en la vida**, esa revolución que tenemos que vivir cada uno de nosotros para **vivir de Cristo vivo**. ¿Cuál es el corazón del cristianismo? Es **Cristo mismo, vivo, glorioso, cercano**, es el Buen Pastor que se acerca a mi vida para transformarla, **he aquí el corazón del cristianismo**.

Pero Cristo nos hace penetrar más adentro, nos hace Él mismo conocer en profundidad el misterio de Dios. Vamos a acercarnos a otro pasaje que conocemos bien: hoy, domingo mundial de las misiones, el lema es: **“Dichosos los que creen”, “felices los que creen”**, y el trasfondo es precisamente la aparición del Señor en el Cenáculo a los discípulos con Tomás. Escuchemos en síntesis lo más importante de esta aparición y luego un comentario que nos hace el Papa Benedicto XVI:

Texto (Jn 20, 26-29)

«Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas, y dijo: «La paz con vosotros». Luego dice a Tomás: «Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente». Tomás le contestó: «Señor mío y Dios mío». Le dice Jesús: «Porque me has visto has creído. Felices los que creen sin haber visto».

De nuevo el Señor se aparece. Y aparecerse significa que está vivo, cercano, presente, de modo divino pero inaccesible a nuestros sentidos, y Él, en una condescendencia amorosa, en un determinado momento, se hace accesible a nuestros sentidos, se muestra, se manifiesta. He aquí lo que el Señor hace en esa tarde ocho días después del día de Pascua: Jesús se presenta, descubre su presencia viva, y el Señor de nuevo se aparece.

En la primera aparición del Cenáculo no estaba Tomás, ahora en esta segunda sí está. El Señor está así en nuestra vida, vivo, cercano, lleno de amor, acompañando siempre nuestra vida. Y Él, como en las apariciones del Cenáculo, hoy también está vivo y cercano a cada uno de nosotros, pero tenemos que creer, porque **el Señor camina con nosotros pero la relación con Él es una relación en fe**.

Vamos a escuchar el comentario que hace a este pasaje Benedicto XVI en su homilía del segundo Domingo de Pascua, el Domingo de la Divina Misericordia, el 15 de abril de 2007, un comentario impresionante que nos hace penetrar en el misterio profundo del Señor: el corazón del cristianismo es Jesucristo vivo, resucitado, glorioso, segunda persona de la Santísima Trinidad, el Dios encarnado, crucificado y resucitado.

«En el pasaje evangélico hemos escuchado la narración del encuentro del apóstol Tomás con el Señor resucitado: al apóstol se le concede tocar sus heridas, y así lo reconoce, más allá de la identidad humana de Jesús de Nazaret, en su verdadera y más profunda identidad: "¡Señor mío y Dios mío!" (Jn 20, 28). El Señor ha llevado consigo sus heridas a la eternidad. Es un Dios herido; se ha dejado herir por amor a nosotros. Sus heridas son para nosotros el signo de que nos comprende y se deja herir por amor a nosotros. Nosotros podemos tocar sus heridas en la historia de nuestro tiempo, pues se deja herir continuamente por nosotros. ¡Qué certeza de su misericordia nos dan sus heridas y qué consuelo significan para nosotros! ¡Y qué seguridad nos dan sobre lo que es él: "Señor mío y Dios mío"! Nosotros debemos dejarnos herir por él».

Un texto impresionante, qué profundidad la del Santo Padre Benedicto XVI. Sí, hemos escuchado bien: "*¡Señor mío y Dios mío!*". Jesús, el Verbo encarnado, vivo, glorioso, cercano y presente en la Iglesia es el Dios herido –¡impresionante!–; el Señor que nos ha redimido se ha llevado consigo sus heridas a la eternidad; es el Dios encarnado que se ha dejado herir por nosotros, pero al que le sigue afectando la vida del hombre: es un Dios herido de amor.

Las llagas gloriosas que por toda la eternidad lleva el Señor en su cuerpo glorificado, signo y testimonio, sello de la pasión vivida y redentora, son el signo corporal de la realidad profunda del Señor: el Señor nos ama de veras. "**Dios es amor**" **significa que Dios es amor al hombre**: a Dios le afecta y le llega la vida del hombre, porque nos ha asumido y nos vive, se ha hecho una sola cosa con nosotros y esas heridas del Señor son el signo de que nos comprende.

El corazón del cristianismo es Cristo y lo que Él vive, lo que Él vive ahora, el amor infinito con el que nos ama, la realidad de que Él tiene un corazón y que en ese corazón está latiendo la humanidad entera, toda la humanidad está repercutiendo en el corazón de Dios. Sí, tú eres la vida del Señor. El corazón del cristianismo **es la vida que los hombres vivimos en Dios y la vida que Dios vive con nosotros**. Él es un Dios vivo y despierto que nos está amando siempre, que mora en el interior, en el corazón de los que creen y viven en gracia.

Tenemos que caer adorando: no podemos entender a Dios porque no nos relacionamos bien con Él, porque no le creemos, porque no le alabamos, no le bendecimos, porque no le damos gracias y porque no caemos como Tomás allí a sus pies, como María de Betania.

"Señor mío y Dios mío, yo no sabía que tú me vivías, yo no sabía que cada instante de mi vida está repercutiendo en ti". Nos tenemos que dejar herir por Él, porque la vida del cristiano es llegar a vivir lo que Cristo vive, a pensar lo que Él piensa, a amar lo que Él ama. La vida del cristiano es vivir en comunión con Cristo. Como a Tomás el Señor te dice: "*¡Ven y toca!, y descubrirás un corazón que late por ti, un corazón que te ha metido aquí dentro y no te sacará jamás, un corazón que latirá siempre contigo por toda la eternidad"*.

La Carta a los Hebreos (Hb 1, 1-3) nos presenta al comienzo una síntesis de lo que es el cristianismo: después de haber dicho que Dios de muchos modos y maneras había hablado antes a través de los profetas, en los últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo, quien es el heredero de todo, quien hizo los mundos, resplandor de la gloria del Padre e impronta de su ser que sostiene todo con su palabra poderosa, después de haber purificado los pecados se ha sentado a la derecha del Padre en las alturas.

Benedicto XVI, partiendo de la Carta a los Hebreos, comenta la realidad de Cristo en una peregrinación a Pavía a la tumba de san Agustín, que ha sido decisivo en su vida. San Agustín, dice el Papa, ha sido pieza clave para inspirar su encíclica sobre **Dios es Amor**. Vamos a escuchar unos pasajes de la homilía que el Papa tuvo en la celebración de las Vísperas el 22 de abril ante la tumba de san Agustín.

Texto (fragmento homilía Benedicto XVI – 22 abril 2007)

«La carta a los Hebreos nos ha presentado a Cristo, sumo y eterno sacerdote, exaltado a la gloria del Padre después de haberse ofrecido a sí mismo como único y perfecto sacrificio de la nueva alianza, con el que se llevó a cabo la obra de la Redención. San Agustín fijó su mirada en este misterio y en él encontró la Verdad que tanto buscaba: Jesucristo, el Verbo encarnado, el Cordero inmolado y resucitado, es la revelación del rostro de Dios Amor a todo ser humano en camino por las sendas del tiempo hacia la eternidad».

Aquí sintetiza, como veis, Benedicto XVI, las **dos claves** que hemos dado **del corazón del cristianismo: la persona viva de Jesucristo y “Dios es amor”**.

El Papa compara la visión que da la Carta a los Hebreos de Cristo glorioso, con lo que nos dice san Juan en su primera carta sobre Dios es amor.

«En un pasaje que se puede considerar paralelo al que se acaba de proclamar de la carta a los Hebreos, el apóstol san Juan escribe: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4, 10). Aquí radica el corazón del Evangelio, el núcleo central del cristianismo.

Fijaos en las palabras de Benedicto XVI: “Aquí radica el corazón del Evangelio, el núcleo central del cristianismo”.

Y sigue comentando el Papa con una solemnidad impresionante:

La luz de este amor abrió los ojos de san Agustín, le hizo encontrar la "belleza antigua y siempre nueva", en la cual únicamente encuentra paz el corazón del hombre».

Y concluye:

«Siguiendo las enseñanzas del concilio Vaticano II y de mis venerados predecesores Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II, estoy convencido de que la humanidad contemporánea necesita este mensaje esencial, encarnado en Cristo Jesús: Dios es amor. Todo debe partir de esto y todo debe llevar a esto».

Este es el mensaje que necesita escuchar de nuevo la humanidad contemporánea: “Todo debe partir de esto y todo debe llevar a esto”, también en tu vida y en la mía, redescubrir de nuevo el centro de todo, que no puede ser sino Dios, de quien venimos y a quien vamos.

Dios ha venido a buscarnos en la encarnación redentora de Cristo y Cristo Jesús es el corazón del cristianismo. **El corazón del cristianismo es vivir en comunión con Cristo vivo y glorioso, participar de su vida.**

Vamos a escuchar un texto precioso de Juan Pablo II. El 23 de septiembre del año 2001, hablando en Kazajstan en medio de un país de minoría cristiana, intentaba explicar lo esencial del cristianismo cuando la mayoría de los que le escuchaban no eran cristianos:

Texto (fragmento discurso Juan Pablo II – 23 septiembre 2001)

«El Papa ha venido para deciros precisamente esto: hay un Dios que os ha pensado y os ha dado la vida. Os ama personalmente y os encomienda el mundo. Es él quien suscita en vosotros la sed de libertad y el deseo de conocer. Permitidme profesar ante vosotros, con humildad y orgullo, la fe de los cristianos: Jesús de Nazaret, Hijo de Dios hecho hombre hace dos mil años, vino a revelarnos esta verdad con su persona y su doctrina. Solo en el encuentro con él, Verbo encarnado, el hombre halla plenitud de autorrealización y felicidad. La religión misma, sin una experiencia de descubrimiento con asombro y de comunión con el Hijo de Dios, que se hizo nuestro hermano, se reduce a una suma de principios cada vez más difíciles de entender y de reglas cada vez más duras de soportar».

Impresionante el texto del Papa: **la clave del cristianismo es la relación personal con Cristo, que es lo que da luz a la vida cristiana**, a la tuya y a la mía. Cuando no hay una relación viva de amistad con el Señor, entonces la religión cristiana se reduce a una suma de principios cada vez más difíciles de entender y de reglas cada vez más duras de soportar.

El cristianismo se hace una carga cuando no vivimos el centro, el corazón que es **la relación personal con Jesucristo que es lo que le da sentido a todo**. Cristo te dice al corazón: “¡Vive de mí!”

Escuchemos una breve oración, una oración especial: sintamos al Señor cercano, presente, que Él nos habla. Prestamos la voz a Cristo vivo y glorioso; escucha lo que el Señor te dice hoy:

“Yo estoy contigo,
tú nunca estás solo, tú nunca estás sola.
Estoy vivo, he resucitado;
camino siempre a tu lado,
ábrete a mi presencia.
Quiero ser tu amigo, tu compañero de camino.
Te busco porque te amo;
nada de ti me pasa desapercibido,
nada de tu vida me es indiferente.
Te amo con todo mi Corazón,
quiero llenarte y hacerte feliz.
Quiero que te fíes de mí,
dame las riendas de tu vida,
quiero enseñarte a vivir conmigo.
Déjame vivir contigo,
quiero ser tu vida.
Soy Jesús, que vivo para ti.”

Termino con unas palabras de Juan Pablo II, de la Exhortación apostólica *Iglesia en Europa*, que culminan en una oración a Cristo resucitado:

«**La Iglesia** es el canal a través del cual pasa y se difunde la ola de gracia que fluye del Corazón traspasado del Redentor... Brota de nuestro corazón y de nuestros labios una alegre confesión de esperanza: “**¡Tú, Señor, resucitado y vivo,** eres la esperanza siempre nueva de la Iglesia y de la humanidad; **tú eres la única y verdadera esperanza del hombre y de la historia;** **tú eres entre nosotros ‘la esperanza de la gloria’ (Col 1, 27)** ya en esta vida y también más allá de la muerte!».



*Meditación de Miguel Ángel Pardo
en el programa “Dame de beber” de Radio María
el 21 de octubre de 2007*



TRATAMOS DE PROFUNDIZAR Y CONOCER CADA VEZ MEJOR NUESTRA VIDA CRISTIANA.

*Algunas orientaciones que nos pueden ayudar en la lectura personal
y a la comprensión del texto:*

Paso a paso ...



Invocación al Espíritu
Pídele que te ilumine y
te abra a la comprensión de la
Palabra



Lectura del texto
Lee de forma pausada para
captar qué dice el texto



Meditación
¿Qué me dice el Señor en
este encuentro?



Oración
Respondo al Señor,
de corazón a corazón



Compromiso
Salto a la vida con
otra actitud

Como resumen del texto, unas breves cuestiones a la luz del Espíritu en oración y diálogo con el Señor.

- ✓ ¿Tienes la fuerza del testigo, has sentido el paso del Señor en tu vida?
- ✓ ¿Tienes alegría en el corazón por saberte discípulo de Jesús?
- ✓ ¿Sientes la necesidad de caminar en la fe acompañado del grupo, comunidad, movimiento...?
- ✓ ¿Sientes el gozo de creer en Jesucristo?
- ✓ ¿Has sentido la llamada del Señor? ¿la sigues o te has echado atrás?